

I. El Trasfondo Social De La Lucha Entre El Paganismo Y El Cristianismo

A. H. M. JONES

El cristianismo siempre ha atraído a hombres de todo tipo y condición. Ya mucho antes de que la conversión de Constantino hiciera aconsejable para los ambiciosos el profesar la religión del emperador, había senadores y soldados cristianos e incluso profesores cristianos. Pero sigue siendo cierto que, por una razón u otra, el cristianismo a fines del siglo III estaba más ampliamente difundido entre ciertos ámbitos y clases sociales que entre otros. Este hecho, hace que un estudio del trasfondo social donde el cristianismo libraba su batalla contra el paganismo sea esencial para obtener una comprensión precisa de esta lucha.

En esta época el cristianismo era más fuerte en las provincias del Imperio de habla griega que en las de habla latina. Esto, desde luego, se debía principalmente al hecho de que había surgido en una provincia oriental y a que sus primeros misioneros fueron de habla griega. Es verdad que la actividad misionera ya se había desarrollado por Occidente desde los primeros tiempos. Pero al principio estaba confinado a las colonias de inmigrantes de habla griega en Roma y otras grandes ciudades. El cristianismo de habla latina apareció por primera vez en Cartago hacia fines del siglo II. Sin embargo, por la misma fecha la Iglesia de Lyon todavía estaba compuesta principalmente de orientales greco-parlantes¹; y la Iglesia romana continuó usando el griego hasta el siglo III y quizá hasta más tarde². Incluso en el siglo IV, al menos si se tiene en cuenta el número de obispados, las provincias occidentales se encontraban bastante rezagadas respecto a las de Oriente. Había zonas, como la Península italiana y África, donde el cristianismo estaba ampliamente difundido, pero en el Norte de Italia y aún más en Sicilia, Hispania e Illyricum, ciudades de considerable importancia todavía, carecían de obispos a principios del siglo IV.

En segundo lugar, en el siglo IV el cristianismo era aun una religión principalmente urbana. En parte se debía a los métodos que usó para su difusión. Los primeros misioneros iban de ciudad en ciudad difundiendo rápidamente el Evangelio en una zona muy amplia, pero a costa de dejar sin atender el campo circundante. Las primeras iglesias eran, por tanto, comunidades urbanas e intentaban permanecer así. En la mayor parte del Imperio existía una clara división entre la ciudad y el campo: en muchas zonas los campesinos no hablaban ninguna de las dos lenguas dominantes del Imperio, sino que aún usaban las suyas antiguas: copto, siríaco, tracio, celta o bereber³. Por tanto, la comunicación hubiera sido difícil aun en el caso de que los cristianos urbanos se hubieran interesado por sus vecinos rurales.

Pero el lento progreso del cristianismo en las áreas rurales hay que atribuirlo también al infierete conservadurismo de los campesinos. Estos, en todas las épocas y en cualquier lugar habían opuesto resistencia al cambio y se mantenían obstinadamente aferrados a su modo de vida tradicional. Incluso en los siglos VI y VII, cuando habían sido convertidos en su mayoría, la Iglesia en Galia y en España, como muestran los repetidos cánones de los concilios contemporáneos⁴, tenía gran dificultad en suprimir los viejos ritos con los que los campesinos, desde tiempo inmemorial, conjuraban la peste e incrementaban la fertilidad de sus rebaños y campos.

Como es obvio, esta generalización tiene excepciones. Ya en el reinado de Trajano, Plinio observó (puede decirse que no sin sorpresa) que “el contagio de esta superstición había afectado no sólo a las ciudades sino también a los poblados del campo”⁵. Podría parecer que durante la parte final del siglo III el cristianismo llegó a ser dominante en las áreas rurales de África y Egipto. Se ha señalado que en ambos lugares las dedicatorias paganas en altares rurales terminaron bruscamente a mediados del siglo III⁶. Esto, por sí mismo, no es una evidencia suficiente porque en este turbulento período las inscripciones, en general, son escasas. Pero quizá podemos argüir retrospectivamente a partir de las condiciones posteriores. La historia de la controversia donatista muestra claramente que hacia el año 340 el cristianismo era dominante en el África rural. Así, los circumcelliones, que eran realmente campesinos, representaban ya en esta época una potencia en la región⁷. En Egipto el escándalo del cáliz roto revela ya que, en una época ligeramente anterior, había un sistema bien establecido de parroquias rurales en Mareotis⁸. Si volvemos a una generación anterior, en la época de la gran persecución África y Egipto se distinguían claramente en las estadísticas por el número de sus mártires y confesores, y podría inferirse que la excepcional obstinación de la resistencia cristiana en ambas zonas se debía al hecho de que las masas de campesinos, mucho más tozudos y recalcitrantes que los hombres de la ciudad, ya habían adoptado la nueva fe.

Hay que admitir que la prueba de que con África y Egipto los campesinos eran ya predominantemente cristianos a principios del siglo IV es bastante débil. Por el contrario, en otras zonas hay pruebas de que en épocas más tardías el paganismo era aún fuerte en el campo. La vida de Martín de Tours revela que en las últimas décadas del siglo IV los templos rurales y los festivales paganos florecían en Galia⁹. Un poco más tarde Juan Crisóstomo hacía una llamada a los propietarios cristianos de Constantinopla para que se ocuparan de la salud espiritual de sus arrendatarios y les ganaran para la fe, dotándoles de sacerdotes y construyéndoles iglesias en sus propiedades¹⁰. Incluso en la época de Justiniano, Juan de Efeso encontró 80.000 paganos para bautizar como resultado de una prolongada campaña misionera en las áreas rurales asiáticas, Caria, Lidia y Frigia —si bien estos distritos habían sido los primeros en ser evangelizados¹¹. En Occidente, a fines del siglo VI, el papa Gregorio el Grande encontraba que en Cerdeña había un número sustancial de campesinos, incluidos los arrendatarios de la Iglesia, que pagaban regularmente al gobernador de la isla una regalía para asegurar su connivencia respecto a sus cultos paganos¹².

En tercer lugar el cristianismo había hecho en general escasos progresos entre la aristocracia y las clases altas cultas. Y esto no porque no se hubiera intentado, ya que la Iglesia desde muy pronto se dio cuenta de la importancia de ganar conversos entre los círculos gobernantes, sino porque la educación que habían recibido estas clases altas creaba una fuerte resistencia hacia la nueva fe. Debe recordarse que el cristianismo en sus principios era una fe más intransigente de lo que fue más tarde, y que todavía no había adquirido la amplia variedad de atractivos para responder a las exigencias de todos. Los cristianos veían a los dioses antiguos con temor y aversión. Eran nocivos y activos demonios y cualquier contacto con ellos era peligroso. Siendo así las cosas, muchos creyentes sentían que la cultura, impregnada como estaba de paganismo, debía ser rechazada in toto y estudiarla era, si no pecaminoso, al menos jugar con fuego.

Es cierto que en el siglo III e incluso en el II hubo un número de cristianos cultos que consiguieron conciliar su fe con la cultura clásica, aunque por largo tiempo se perpetuó la idea de que ambas cosas eran incompatibles. Sin embargo, en el famoso sueño de san Jerónimo, el Juez celestial replicó a su defensa “Christianus sum” con la severa réplica “Ciceronianus es, non Christianus”¹³, e incluso a fines del siglo VI el papa Gregorio el Grande condenó severamente al obispo de Vienne por enseñar gramática, argumentando que: “una misma boca no puede contener las loas de Cristo junto a las de Júpiter”¹⁴. Este sentimiento debió haber sido bastante fuerte a principios del siglo IV, cuando la síntesis del cristianismo con la cultura clásica aún estaba en sus albores y constituía un verdadero escollo para los hombres que habían sido educados en el respeto a los poetas, filósofos y oradores de Greda y Roma.

En cuarto lugar no debemos olvidar que el cristianismo en sus inicios era una religión vulgar. No sólo la mayoría de sus seguidores eran de bajo rango y de poca o ninguna educación, sino que sus libros santos eran toscos y bárbaros, escritos en un griego o latín que crisparía la sensibilidad de cualquier hombre culto, educado con textos de Menandro y Demóstenes o de Terencio y Cicerón. Para nosotros resulta difícil apreciar la gravedad de este obstáculo. Por una parte, estamos acostumbrados al lenguaje bíblico y veneramos la “versión autorizada” como uno de los más grandiosos momentos de la prosa inglesa. Y por otra, encontramos difícil darnos cuenta de la inmensa importancia dada en la antigüedad a la forma verbal. Pero bajo el Imperio Romano la educación superior estaba reservada casi exclusivamente a la retórica, el arte de hablar correcta y elegantemente, y los hombres que habían recibido esta educación tendían naturalmente a dar más importancia a la forma que al contenido de lo que leían. El mismo Jerónimo confesaba que cuando cedía a leer a Plauto encontraba que el hebreo de los profetas era casi imposible de digerir. Cuando Juliano prohibía a los cristianos que enseñaran los clásicos y, despreciativo, les ordenaba “ir a las iglesias de los galileos y exponer a Mateo y Lucas”¹⁵, sólo dos profesores cristianos aceptaron el reto. Pero incluso ellos se percataron de que las escrituras cristianas, en su forma tosca, no eran un vehículo de educación adecuado y procedieron a reescribirlas en forma de poemas épicos, tragedias áticas y diálogos platónicos¹⁶. En esta atmósfera mental era difícil para cualquier hombre culto aceptar la nueva fe.

Para los miembros de la aristocracia senatorial existía aún otro obstáculo. Los senadores que se creían descendientes de la nobleza republicana y detentaban las magistraturas y sacerdocios republicanos, se sentían herederos y guardianes de las antiguas tradiciones romanas. Roma había adquirido su grandeza bajo la protección de sus viejos dioses, a quienes cuidaba tan devotamente: “este culto puso al mundo bajo mi dominio —hace decir Símaco a Roma en su defensa—, estos ritos repelieron a Aníbal de las murallas y a los senones del Capitolio”¹⁷. Para hombres que habían sido educados en estas tradiciones era difícil creer que Júpiter Optimus Maximus fuera un demonio maligno.

Resulta muy difícil establecer en qué medida, a pesar de estos factores adversos, el cristianismo había penetrado entre las clases superiores a principios del siglo IV. El edicto de Valeriano, que imponía penas especiales para los senadores y equites Romani que rehusaran someterse, sugería que ya en el 257 había algunos cristianos entre estas clases¹⁸. Los cánones del concilio de Iliberris, probablemente celebrado antes de la gran persecución, establecían penitencias para los cristianos que tomaran parte en ritos paganos o celebraran juegos como sacerdotes provinciales o

duoviri o flamines municipales¹⁹. Esto quiere decir que no eran pocos los cristianos entre la clase curial en España y también entre sus miembros más ricos y prominentes, que detentaban no sólo los más altos cargos y sacerdocios municipales, sino incluso el supremo honor del gran sacerdocio provincial. Pero parece probable que los cristianos de los estratos superiores de la sociedad estaban en franca decadencia. Las familias senatoriales permanecieron predominantemente paganas hasta la última parte del siglo IV.

La principal fuerza del cristianismo reposaba en las clases bajas y medias de las ciudades, en los trabajadores manuales y empleados, tenderos y comerciantes. Es significativo que la ciudad de Cínico (es decir, su Consejo municipal), enviara una delegación oficial a Juliano para pedir la restauración de sus templos, mientras Eleusio, el obispo que los había destruido, tuviera el apoyo de los trabajadores de la ceca local y de la fábrica textil gubernamental²⁰. También había cristianos entre los decuriones de rango inferior. La gama social de la clase curial era amplísima. Mientras los decuriones dominantes en las grandes ciudades no estaban muy por debajo de los senadores en cuanto a nacimiento, riqueza y cultura, muchos de los miembros más humildes del Consejo, especialmente en las pequeñas ciudades, eran modestos granjeros o artesanos sin pretensiones culturales. Diocleciano llegó incluso a establecer que el analfabetismo no era un obstáculo para el estatus curial²¹.

De nuevo resulta imposible generalizar dadas las profundas variaciones locales cuyos motivos no podemos desentrañar. En algunas ciudades la mayoría de la población era ya cristiana desde muy pronto, pero en otras se mantenía decididamente pagana. En Mesopotamia, Edessa era cristiana incluso en el siglo III²², pero en Carrhae el paganismo era aún dominante hasta mucho después de la conquista árabe²³. En Siria, Antioquía era, en su mayor parte cristiana en época de Juliano, pero los apamenos defendieron con energía sus templos durante el reinado de Teodosio el Grande²⁴. Palestina era, en general, una provincia cristiana en el siglo IV, pero en Gaza la comunidad cristiana era aún sólo una minoría cuando Porfirio llegó a ser su obispo en el 395, y los templos a pesar de las leyes penalizadoras de Teodosio, estaban aún abiertos y el culto pagano se celebraba abiertamente²⁵.

Consideremos el alcance de estos hechos en el conflicto de religiones del siglo IV. La economía del Imperio Romano era una economía abrumadoramente agrícola. La mayoría de sus habitantes eran campesinos y su riqueza derivaba casi completamente de su trabajo. El Estado, por lo que parece, recababa más del 90% de sus ingresos de los impuestos recaudados sobre las tierras y sobre la población agrícola²⁶. Las clases superiores obtenían casi toda su riqueza de las rentas pagadas por los campesinos arrendatarios. A pesar de su inmensa importancia numérica y de su vital importancia económica, las opiniones de los campesinos no contaban para nada. Eran simplemente una enorme masa inerte y pasiva y también rebelde. Esto lo confirma su actitud pasiva cuando en el curso del siglo IV los ritos paganos fueron prohibidos y los templos cerrados o destruidos. Muy ocasionalmente podían linchar a un misionero falto de tacto u ofrecer resistencia a la destrucción de sus altares²⁷. Sin embargo, eran muy raros los casos de violencia registrados y parece que los paganos de las ciudades habían sido más activos en la defensa de sus templos. Esto, sin duda, se debía en parte a que las leyes contra el paganismo se imponían aún con menor rigidez en el campo que en las ciudades; pero, en general, los campesinos parecían haberse sometido tranquilamente a la autoridad. Esto no quiere decir que abandonaran rápidamente sus

ritos ancestrales. El cristianismo conquistaba gradualmente el campo, ciertamente, pero era un proceso muy lento y, al menos en el siglo IV, no se puede considerar acabado. Mas los campesinos sólo ofrecían una resistencia pasiva continuando obstinadamente con sus antiguos cultos abiertamente, lo que a menudo era el caso si las autoridades no se preocupaban de intervenir o persuadirles a hacer la vista gorda, o bien seguían con estos cultos subrepticamente si la aplicación de la ley era inevitable.

De lo expuesto se deduce que el proletariado de las ciudades y la clase comercial y negociante eran numérica y económicamente insignificantes. Eran superados ampliamente por los campesinos y el único impuesto que pagaban, la *collatio lustralis*, era una pequeña y mínima parte del presupuesto. Excepto los trabajadores de las cecas y de las fábricas de armas y textiles, el proletariado urbano no era esencial para el Estado. Por otra parte, tenían grandes posibilidades de expresar sus puntos de vista y de hacerlos llegar arriba. Podían lanzar, y de hecho lo hacían, eslóganes en el teatro y en otras reuniones públicas, y, si estas demostraciones no producían el resultado deseado, podían amotinarse. En ausencia de una policía adecuada los motines, especialmente en las grandes ciudades, asumían, a menudo, proporciones peligrosas y se hacía necesario el uso de los ejércitos para sofocarlos. De este modo los pobres de la ciudad ejercían una influencia que no se justificaba por su importancia numérica o económica. Pero no eran más que una molestia y podían ser eliminados, dondequiera que el gobierno eligiera, con un pequeño despliegue de fuerza.

Un elemento aún más importante era el ejército. Este, en el siglo IV era reclutado, no sabemos en qué proporción, de tres fuentes principales: los hijos de los soldados en servicio y de los veteranos, los campesinos alistados en el campo y los bárbaros de más allá de las fronteras del Imperio. Prima *lacie*, por tanto, al principio del siglo debían ser en su mayoría paganos. Había, desde luego, algunos soldados cristianos incluso en el siglo III. Hubo unos pocos casos auténticos de mártires militares y, en el 298, el procónsul de África podía responder a un objetor de conciencia cristiano: “existen soldados cristianos que sirven en los ejércitos de nuestros señores Diocleciano, Maximiano, Constancio y Maximiano (Galerio)”²⁸. Pero hay que hacer notar que esto se decía en África, donde, como hemos visto, los campesinos estaban ya probablemente convertidos a la nueva fe. La famosa legión tebana, si no se trata de un mito, había venido de un área excepcional, Egipto. Pero, en general, debía haber muy pocos cristianos en el ejército cuando Constantino decidió pintar el monograma sobre los escudos de sus soldados antes de la batalla del puente Milvio. Los bárbaros todavía eran paganos, así como la masa de los campesinos, especialmente en los escenarios favoritos de reclutamiento del ejército, Galia e Illyricum. De hecho, tenemos un pequeño indicio de que el ejército que dos años más tarde, bajo la protección del *labarurn*, luchara y ganara la guerra contra Licinius, que fue una cruzada contra el tirano pagano según la propaganda de Constantino, era aún pagano. Una curiosa ley en el Código Teodosiano ha preservado las aclamaciones de los veteranos licenciados tras la victoria: “*Auguste Constantine, deite nobis servent*” era lo que gritaban y estas palabras ofensivas no se cambiaron en “*Deus te nobis setvet*” hasta que Justiniano reeditó la ley para insertarla en el Código²⁹.

Es difícil decir hasta qué punto el ejército se había vuelto cristiano en el curso del siglo IV. Los reclutas debieron seguir siendo predominantemente paganos. El cristianismo, como hemos visto, hizo progresos lentos en el campo, y la mayor parte de los reclutas ciudadanos se mantuvieron en

la vieja fe. Con la conversión de los godos y otras tribus germánicas occidentales, algunos de los bárbaros reclutados serían cristianos, pero la mayoría de los bárbaros en el siglo IV parecen haber venido de entre los francos y los alamanes, quienes todavía, y durante largo tiempo, se mantuvieron paganos. Se podría haber esperado que el ejército fuera una poderosa fuerza del lado pagano de la lucha.

En realidad jugó un papel puramente pasivo. Obedecía con la misma lealtad a Constantino y a sus hijos que a Juliano el Apóstata y sus sucesores. Puede ser que la disciplina militar y el hábito de obediencia fueran fuerzas más potentes que la convicción religiosa. Pero la escasa evidencia que tenemos tiende a probar que los soldados se sometían más o menos pasivamente a la religión predominante del Estado fuera ésta la que fuera. Parece que Juliano había heredado de Constancio II un ejército que, aunque superficialmente, era en buena parte cristiano. La afirmación, en su carta a Maximus³⁰, de que la mayor parte del ejército de Galia que estaba dirigiendo contra Constancio, adoraba a los dioses suena como un alarde de sus éxitos e implica que en el breve tiempo desde su proclamación había cambiado la tendencia religiosa de las tropas. La descripción de Gregorio Nacianceno de su insidiosa propaganda implica, una vez más, que Juliano encontró al ejército de Oriente lleno de cristianos, y su tono sugiere que su éxito en reconquistar a las tropas para la vieja religión fue considerable³¹. Después de muerto Juliano el ejército aceptó al cristiano Joviano sin problemas, si bien sin entusiasmo, y aclamó a Valentiniano, quien había demostrado públicamente su devoción hacia una nueva religión renunciando a su nombramiento bajo Juliano.

La indiferencia religiosa del ejército, en una época en que las pasiones religiosas llegaban tan lejos, era un fenómeno curioso. La explicación podría ser que el ejército se nutría de hombres extraídos de su ambiente usual, que eran empujados a un ambiente nuevo donde nada les era familiar. En su propio pueblo el campesino se aferraba obstinadamente a las creencias y costumbres inmemoriales de su comunidad, pero se desorientaba una vez que era entregado a los oficiales reclutadores y marchaba destinado a una provincia lejana entre una heterogénea multitud de extranjeros. Sus antiguos dioses estaban lejos y, desconcertado, aceptaba el culto predominante del ejército. La situación de los reclutas bárbaros era análoga. También ellos se encontraban inmersos en un ambiente extraño y parece que la mayoría quedaba asimilada dentro del mismo, perdiendo el contacto con la gente de la propia tribu y adoptando las costumbres romanas y, con ellas, la religión romana predominante.

A finales del siglo IV y principios del siglo V había aún algunos oficiales germanos de alta graduación que conservaban su fe pagana a pesar de sus muchos años en el servicio romano, entre otros el franco Arbogasto y los godos Fravita y Generico³², aunque los dos últimos son citados como excepciones. Con la sucesión de emperadores cristianos la tendencia general del ejército debió ser cada vez más cristiana. Por lo general los hijos de los soldados y veteranos habrían crecido en la nueva religión y los reclutas bárbaros y campesinos habrían sido rápidamente asimilados. Es notable que cuando Arcadio tuvo que emplear la fuerza militar para efectuar el arresto de Juan Crisóstomo utilizó un regimiento de tracios recién reclutados³³. Debió haber temido que sus tropas más antiguas pudieran haber tenido escrúpulos en arrancar a un obispo de su altar y, en consecuencia empleó nuevos reclutas que aún eran paganos.

Volviendo a las clases superiores, el viejo orden senatorial, aunque conservara una inmensa riqueza y prestigio social, dejó, a fines del siglo III, de poseer gran parte de su influencia política. Bajo Galieno, si debemos creer a Aurelio Víctor, los senadores habrían sido excluidos de los mandos militares³⁴ y Diocleciano, en su reorganización del Imperio, les relegó a un papel todavía menor. La prefectura de la ciudad y los dos proconsulados de África y Asia todavía estaban reservados a los senadores que podían servir como correctores de las provincias italianas y aqueas. Pero al margen de estos puestos, dignos pero prácticamente sin importancia, no tomaron parte en la administración del Imperio, que era confiada a hombres de rango ecuestre³⁵. El orden ecuestre, en efecto, llegó a ser la aristocracia oficial del Imperio y su número se incrementó ampliamente. Por tanto, las reformas de Diocleciano no sólo trajeron la creación de muchos nuevos puestos, militares y administrativos, sino que muchos que aspiraban al prestigio social y a privilegios legales del orden se aseguraron la admisión a ellos mediante la concesión de cargos honoríficos o de los títulos de *egregius*, *centenarius*, *ducenarius* o *perfectissimus*.

Constantino se mostró menos hostil hacia el Senado incrementando el número de puestos reservados para los senadores, admitiéndoles en otros cargos administrativos más altos, e incluyéndoles entre sus comites. A la vez empezó a ampliar el orden garantizando el rango senatorial a muchos de sus más altos oficiales ecuestres y a otros favoritos suyos. Esta política fue continuada por sus hijos y se desarrolló de tal forma que a mediados del siglo IV se hizo normal para todos los más altos cargos civiles llevar consigo el rango senatorial: esto es, por un lado los senadores de nacimiento eran elegibles y, por otro, hombres de un grado inferior, nombrados por ellos, llegaban a ser senadores. La misma política se aplicó bajo Valentiniano y Valente a los más altos cargos militares. El resultado fue que el orden ecuestre, limitado a un número decreciente de cargos de bajo grado perdió en poder y prestigio y, el que era socialmente ambicioso ya no aspiraba a enrolarse en él. El orden senatorial por otra parte, se convirtió una vez más en la aristocracia oficial del Imperio, y, al mismo tiempo, se amplió en número y modificó profundamente su carácter. No sólo se vio aumentado por aquellos que entraron en posesión de cargos civiles y posteriormente militares. También los que previamente habían aspirado al orden ecuestre ahora se esforzaban por la posesión de cargos senatoriales honoríficos o por la concesión del clarísimo para abrirse el camino hacia el Senado. Este influjo sobre el Senado amenazó con reducir la aristocracia municipal del Imperio, esto es, el orden curial, y el gobierno imperial hizo continuos esfuerzos por controlarlo. Pero todos estos esfuerzos no eran muy sinceros y ninguna ley sirvió contra la corrupción. El orden senatorial continuó extendiéndose, particularmente en la mitad oriental del Imperio, donde Constancio II, en su esfuerzo por crear su propio Senado en Constantinopla, en paridad con el de Roma, enroló miles de nuevos miembros³⁶.

Los nuevos senadores provenían de diversos orígenes. Un número muy amplio, como era natural, procedía de los rangos superiores de la clase curial y de las viejas familias de la aristocracia municipal y provincial. Según los patrones que prevalecían entonces, tales hombres eran, en virtud de su nacimiento, riqueza y educación, aptos para cubrir los cargos civiles y especialmente aptos para ser admitidos en la aristocracia senatorial. Además poseían las conexiones sociales y el dinero para hacer efectivas sus pretensiones. Tanto los cargos oficiales como el rango senatorial se obtenían normalmente por el interés de los grandes hombres de la corte y este interés, a menudo, tenía que comprarse por un alto precio. Los hombres de posición y riqueza tenían obviamente ventaja para hacer los contactos necesarios y recompensar a sus protectores por sus servicios.

Pero un número considerable de nuevos senadores, incluyendo a muchos que se elevaron a los más altos rangos, venían de lo más bajo de la escala social. Eran aquellos que subían a través del ejército, mediante la posesión del cargo de *magister militum*, *comes rei militaris* o *dux*. Muchos de estos militares eran bárbaros, pero no pocos eran romanos, y como el ejército en el siglo IV ofrecía una *carrière ouverte aux talents*, algunos de éstos eran de origen bastante humilde. Sabemos de dos campesinos que llegaron hasta los más altos puestos, Arbitio, quien como *magister peditum* fuera durante bastante tiempo uno de los hombres más influyentes en la corte de Constancio II, y el viejo Graciano, padre de Valentiniano y Valente, que llegó al rango de *comes rei militaris*³⁷. Tales casos eran relativamente raros, pero debió haber habido un número considerable de senadores cuyos padres habrían comenzado como simples campesinos.

El foro era también una vía por medio de la cual los ambiciosos y capaces, de origen humilde, podían subir. Era normal que los administradores civiles y militares eligieran a jóvenes abogados prometedores para servirles de asesores jurídicos y, tras la concesión de dos o tres puestos de éstos, fueran normalmente nominados para el gobierno provincial, pudiendo ascender a la prefectura del pretorio. Libanio lamentaba que el derecho se hubiera convertido en una profesión tan popular y los estudios humanísticos estuvieran siendo olvidados. Hombres de educación liberal no obtenían los puestos, pues eran todos para los abogados, y como resultado los jóvenes despreciaban la retórica y se iban en tropel a Berytus, a las escuelas de derecho³⁸. Naturalmente no todos los abogados eran de origen humilde: los ricos curiales e incluso los senadores, no desdeñaban la profesión. Pero a los hombres de estatus muy modesto les era posible subir a la cima. Maximino, que acabó siendo prefecto del pretorio de Galia y uno de los hombres de confianza de Valentiniano, era hijo de un funcionario de muy bajo rango, un burócrata de las finanzas en el departamento provincial de Valeria³⁹.

Si la promoción de los abogados provocaba la indignación de Libanio, la subida al poder de los funcionarios civiles palatinos en particular los notarios imperiales, le producían una furia rabiosa. “Vaya una época!”, exclamaba a menudo cuando un estenógrafo llegaba a prefecto pretorio⁴⁰. La función de los notarios era guardar las anotaciones del consistorio y, a principios del siglo IV, eran simples empleados cuya única cualificación era un conocimiento caligráfico y, muy a menudo, eran hombres de muy bajo estatus. Pero su íntima asociación con el emperador y sus ministros les ofrecía grandes oportunidades para progresar. Se les empleaba para misiones confidenciales, se les designaba para los ministerios palatinos y, a veces, alcanzaban los más altos cargos del Estado. Libanio, en uno de sus discursos, da una lista de hombres que habían llegado de estenógrafos a senadores. Incluía en ella a muchos de los grandes nombres de la parte oriental del Imperio, en torno a la mitad del siglo IV: Ablabio, el gran prefecto de pretorio de Constantino y cónsul en el 331, Daciano, cónsul en el 358, y cuatro de los prefectos del pretorio de Constancio II —Filipo, cónsul en el 348, Tauro, cónsul el 361, Elpidio y Domiciano. Declaraba que de éstos Daciano era hijo de un guardarropista de unas termas y Filipo de un fabricante de salchichas, mientras que Ablabio había empezado como empleado de una oficina provincial y que el padre de Domiciano era un trabajador manual⁴¹.

El orden senatorial llegaba a ser así, en el curso del siglo IV, un cuerpo muy heterogéneo. Su composición y estructura difería entre Oriente y Occidente: En Roma había un núcleo fuerte de antiguas familias que se proclamaban descendientes de los Gracos y de los Escipiones. Aunque

estas pretensiones eran poco convincentes, sus miembros se consideraban a sí mismos y eran aceptados como aristócratas de sangre azul y disfrutaban de una inmensa fortuna heredada. Muchos de ellos se contentaban con detentar cargos honoríficos, que consideraban como una obligación, y no tomaban parte activa en el gobierno del Imperio. Pero algunos, como el gran Petronio Probo, jugaron parte activa en política. En Occidente el orden senatorial tenía dos sedes principales. Roma era la capital titular del Imperio y la sede oficial del Senado. Aquí reinaban las viejas familias con sumo poder. Pero la capital administrativa del emperador ya no era más Roma sino el *comitatus imperial*, que debía estar allí donde estuviera el emperador, en Milán, París o Sirmium. Aquí los miembros de las viejas familias no se encontraban como en su casa y eran superados en número por los nuevos hombres que habían accedido al servicio del emperador.

En Oriente no existía tal división. Constantinopla era tanto el centro del gobierno como la sede del Senado y el *comitatus* y el orden senatorial estaban estrechamente asociados, con el resultado de que la Corte dominaba al Senado. Más aún, en Constantinopla no había un fuerte núcleo de antiguas familias. Como señalaba Libanio con gran ironía: “el Senado no está compuesto enteramente por nobles cuyos antepasados, de cuatro generaciones anteriores o más, hayan detentado cargos y servido en embajadas y se hayan dedicado al servicio público”⁴². Constancio II, sin duda, incorporó a todos los senadores que ya estaban domiciliados en sus dominios, pero podrían haber sido pocos y, no particularmente distinguidos. La elite del Senado de Constantinopla estaba formada por hombres como Filipo y Tauro que ascendieran a un alto cargo desde orígenes bastante humildes. Fueron los descendientes de tales hombres quienes en los siglos V y VI formaron la aristocracia del Imperio Oriental.

Estos hechos influían en la lucha religiosa, pues la religión de los senadores venía, en cierta medida, determinada por su origen social. En las zonas orientales la capa superior del orden estaba compuesta, principalmente, por hombres que habían ascendido desde estratos sociales más fuertemente impregnados de cristianismo, la clase media inferior e incluso, si creemos a Libanio, el proletariado de las ciudades. De hecho, muchos de los hombres dirigentes en Oriente en el siglo IV eran, por lo que sabemos, cristianos. Las dos principales excepciones eran Temistio, quien debía su ascenso a su reputación de filósofo y Tatiano, un abogado que tras una larga carrera administrativa ascendió a prefecto de pretorio. Muchos de ellos eran sin duda y, antes de su llegada al poder, cristianos y aquellos que no lo eran no estaban predispuestos contra el cristianismo por su formación retórica, por lo que no encontraban dificultad en aceptar la fe de la Corte.

La mayor parte de los senadores orientales, que venían de la capa superior del orden curial podían estar más divididos en su lealtad. Procedían de familias que cuidaban su herencia helenística y, durante largo tiempo, la instrucción superior había conservado en Oriente un tinte fuertemente pagano. Muchos de los grandes retóricos y filósofos eran paganos en el siglo IV, e incluso muchos continuaron siéndolo en los siglos V y VI. Zacarías de Mitilene, en su vida de Severo de Antioquía, muestra una sorprendente imagen de la vida universitaria de Alejandría donde él y Severo habían sido estudiantes en el último cuarto del siglo V. No sólo parece que la mayoría de los profesores eran paganos sino también una gran proporción de estudiantes, y cuenta espeluznantes historias de un templo escondido donde realizaban sus ritos secretos⁴³. Incluso en el siglo VI Atenas, que se mantenía como la ciudad universitaria líder de Oriente, conservaba todavía un tono fuertemente pagano hasta que Justiniano expulsó a los filósofos.

La persistencia del paganismo entre la clase cultivada de Oriente no debe ser infravalorada. Incluso en la segunda mitad del siglo VI una purga dirigida por Tiberio Constantino revela la existencia de muchos cripto-paganos entre la aristocracia⁴⁴. Pero la furiosa protesta producida por la ley de Juliano contra los profesores cristianos muestra lo profundamente que había penetrado el cristianismo entre las clases cultivadas a mediados del siglo IV, especialmente era la parte oriental del Imperio. No se trataba sólo de que allí hubiera muchos profesores cristianos, incluida la tan celebrada figura de Proeresio⁴⁵, que perdieron sus cargos. Evidentemente, había un gran número de padres cristianos que consideraban esencial para sus hijos la educación retórica, pero temían que bajo el régimen de Juliano las iglesias se hubieran convertido en activamente paganas. Es probable que en esta época sólo algunos cristianos anticuados y puritanos sintieran algún reparo ante una educación clásica como tal, y muchos padres piadosos no tuvieran escrúpulos en enviar a sus hijos a profesores que eran reconocidamente paganos. Juan Crisóstomo fue enviado por su madre, una devota cristiana, a Libanio⁴⁶. Dadas estas circunstancias, muchos de los curiales elevados al Senado de Constantinopla debieron haber sido cristianos y la influencia de la Corte y de la alta aristocracia debió haber convertido a muchos indecisos. En general, el Senado de Constantino la fue probablemente desde su origen un cuerpo predominantemente cristiano.

En Occidente, por otra parte, las viejas familias continuaron con fe absoluta en su religión tradicional hasta el final del siglo IV y, como dominaban la sociedad romana, el Senado en Roma fue fuertemente pagano. Esto queda ampliamente demostrado por las peticiones que presentó oficialmente a Graciano y Valentiniano II para la restauración del altar de la Victoria y de los sacerdocios romanos.

Es difícil saber hasta qué punto el orden senatorial en su conjunto era predominantemente cristiano o pagano. Ambrosio, en el 384, clamaba: "La Curia está poblada con mayoría de cristianos", y en el 382 el papa Dámaso, como réplica a la petición oficial del Senado para la restauración de altar de la Victoria, pudo organizar una imponente petición de los senadores cristianos; quienes protestaban de que ellos no habían dado tal orden, no estaban de acuerdo con estas peticiones de los paganos y por tanto no darían su consentimiento⁴⁷. Obviamente es imposible, con esta distancia en el tiempo, descubrir la verdad tras la propaganda de las dos partes rivales. Del hecho de que sólo dos años después de la petición de Dámaso, el Senado enviara una petición oficial al emperador, queda claro que en Roma la oposición cristiana era débil, ya sea porque los senadores cristianos residentes en la ciudad estaban entonces en minoría, o porque muchos de ellos eran miembros relativamente humildes del orden, y no se atrevían a desafiar a la gran aristocracia. Del texto de la petición se podría deducir que los firmantes no habían asistido a la reunión en la que se había votado la resolución. Esto puede significar que no se habían atrevido a expresar abiertamente su oposición. Pero es más verosímil que Dámaso obtuviera sus "innumerables" firmas enviando una petición a los senadores no residentes. Estos en su mayoría, serían hombres nuevos y, entre ellos, la proporción de cristianos debía ser incluso más alta.

En la Corte de Milán, la balanza se inclinaba de parte de los cristianos, como lo demuestra el rechazo de las súplicas del Senado. La decisión no se podía considerar de ningún modo conclusión definitiva y se necesitó de todo el celo y elocuencia de Ambrosio para convencer al Consistorio. Estos hechos dan cuenta, en gran medida, del diferente curso que tomó el enfrentamiento en Oriente y en Occidente. En Oriente la oposición pagana no llegó a ser nunca

una fuerza política seria. Fue académica en ambos sentidos de la palabra. Los líderes del paganismo fueron casi todos profesores: Máximo, Temistio, Libanio, etc. Los baluartes del paganismo fueron las ciudades universitarias y una de las primeras entre ellas, Atenas. Sobrevivió ampliamente entre intelectuales y estudiantes. La oposición pagana fue, por otra parte, académica en el sentido peyorativo de la palabra. No estaba organizada y fue ineficaz, encontrando sólo su expresión en discursos y panfletos. Cuando Teodosio el Grande cerró los templos y prohibió el culto pagano, no hubo una oposición seria aparte del heroico, aunque inútil, intento del filósofo Olimpio por mantener el Serapeum de Alejandría con un grupo de entusiastas⁴⁸. Los paganos, después, se contentaron con la práctica furtiva de sus ritos y con alimentar los sueños apocalípticos de la vuelta de los viejos dioses. Todavía bajo el reinado de Zenón se produjo una gran excitación entre los intelectuales paganos de Asia Menor, cuando el filósofo neoplatónico Pamprepio llegó a ser *magister officiorum* del pretendiente al trono Leoncio. Comenzaron a ofrecer abiertamente sacrificios en su nombre y estuvo circulando un oráculo que decía que el período asignado al cristianismo por el destino había llegado a su fin y que los viejos dioses volverían de nuevo⁴⁹. No es necesario decir que sus esperanzas estaban bastante infundadas. Leoncio, o mejor su protector, el general isaurio Ilos, no hizo nada en favor del paganismo.

Esta debilidad del paganismo se explica en parte por su inferioridad numérica en Oriente. Más importante, sin embargo, que la cuestión meramente numérica fue la de liderazgo político. En Oriente no hubo una aristocracia hereditaria, educada en las viejas tradiciones, capaz de dirigir a la oposición. La clase gobernante de Constantinopla estuvo compuesta, en gran parte, de *parvenus* provenientes de los estratos en los que el cristianismo era más fuerte y el Senado fue, desde su constitución, de tendencia predominantemente cristiana.

No se puede decir que la oposición pagana fuera mucho más efectiva en Occidente, pero aquí, al menos, la aristocracia romana representó un bastión, oficialmente reconocido, de la vieja religión y sus peticiones, aunque rechazadas, fueron seriamente tomadas en consideración. Más significativo fue el hecho de que un pretendiente al trono, a fines del siglo IV, considerara que merecía la pena hacer concesiones a los sentimientos paganos del Senado. Eugenio, un cristiano, aunque no muy ferviente, restauró el altar de la Victoria y cedió la propiedad del sacerdocio romano a los senadores paganos⁵⁰. Este gesto, aunque poco entusiasta, suscitó una vigorosa respuesta y la aristocracia romana, dirigida por Flaviano, el prefecto del pretorio de Italia, se lanzó incondicionalmente a la lucha en nombre de Eugenio. Soñaban, además, con una restauración pagana⁵¹, y sus sueños fueron bastante más consistentes que los de sus compañeros de fe de Oriente.

Puede decirse que los cambios sociales de los siglos III y IV fueron un factor importante en el triunfo general del cristianismo en el Imperio. Cuando Constantino, en el 312, se jugó el todo por el todo y apostó por su fe en el Dios de los cristianos, según todos los cálculos racionales, se embarcó en una aventura temeraria. Los cristianos eran, en cualquier estimación, una pequeña minoría, especialmente en Occidente donde tendría lugar la lucha con Majencio y, en su mayoría, pertenecían a clases política y militarmente insignificantes, los trabajadores manuales, tenderos, comerciantes y *decuriones* de bajo rango de la ciudad y empleados del servicio civil. El ejército era abrumadoramente pagano y el Senado también. Lo mismo, con toda probabilidad, ocurrió en el conjunto de la aristocracia provincial y municipal y la mayor parte de la más alta administración, puesta que provenían del ejército y de la clase curial. Constantino, al erigirse en campeón del

cristianismo, apenas podía esperar conseguir ningún apoyo útil para sí mismo, y en cambio, por supuesto, podía temer provocar un antagonismo entre muchos sectores importantes y esto es, a mi juicio, una prueba fundamental a favor de que la conversión de Constantino no fue un movimiento político calculado, como él mismo proclamaba en sus declaraciones públicas, sino una burda convicción religiosa de que la más importante de las divinidades, que le había elegido como siervo, era una dispensadora de victoria más poderosa que los viejos dioses.

Desde luego, la situación no fue tan desfavorable como parece. Durante el período en el que Constantino tomó su decisión irrevocable la sociedad romana era flexible. El Imperio Romano tardío es, a menudo, concebido como una rígida sociedad jerárquica en la que cada hombre se encontraba atado a la posición social en la que había nacido. No obstante, me parece que la gran serie de leyes en la que se basa esta apreciación ofrece un cuadro muy diferente. En efecto, las leyes muestran que el gobierno central estaba luchando por imponer un rígido sistema de transmisión hereditaria de clase, pero esta legislación no habría sido necesaria si la estructura familiar de la sociedad no hubiera sido perturbada. De otro lado la constante serie de las disposiciones reglamentarias y las periódicas concesiones hechas ponen de manifiesto que el gobierno no tenía mucho éxito en el control de los movimientos que consideraba peligrosos. Existen bastantes elementos que inducen a suponer que la sociedad era estática en el siglo II y principios del III. El ejército se reclutaba, cada vez más, entre los hijos de soldados y veteranos. Los campesinos labraban las mismas granjas de generación en generación, ya fueran propietarios o arrendatarios. Los decuriones formaban una clase esencialmente hereditaria, donde el hijo sucedía al padre en las posesiones ancestrales. La aristocracia del Imperio, el Senado y el orden ecuestre, no lograban ciertamente mantener intacto su rango y se veían constreñidos a aceptar nuevos hombres provenientes de la clase inferior; pero el porcentaje de éstos era pequeño y lento, y los nuevos miembros que venían principalmente de la aristocracia provincial se asimilaban en seguida.

Bajo el impacto de las largas crisis de mediados del siglo III esta sociedad estable fue perturbada profundamente. Por una gran variedad de razones los hombres de todas las clases estaban insatisfechos con su posición hereditaria en la vida y las condiciones de la época les daban oportunidades para el cambio. La población había disminuido, probablemente como resultado de las guerras, el hambre y las plagas de los años de anarquía, y al mismo tiempo el ejército aumentaba su demanda de hombres. La consecuencia fue una aguda disminución de mano de obra que se dejó sentir particularmente en la mayor actividad del Imperio: la agricultura. Los propietarios de tierras no podían encontrar suficientes arrendatarios para cultivar sus tierras y recibían encantados a los recién llegados a sus posesiones. Como consecuencia de esto, los arrendatarios insatisfechos se consideraban capaces de liberarse de sus campos y de trasladarse a cualquier otro sitio con la certeza de que otro propietario les ofrecería un techo. Esta inquietud entre los campesinos causaba gran preocupación en el gobierno, que veía peligrar la base de su sistema fiscal. La tasa per capita se basaba en la suposición de que los campesinos censados en cada poblado o granja permanecerían en ellas y serían sustituidos en su momento por sus hijos. También parecía en peligro el impuesto sobre la tierra, porque en todas partes los propietarios se quejaban de que sus posesiones habían sido abandonadas por sus cultivadores. Esta pudo ser la situación que provocara la legislación la que ataba la población agrícola a la tierra en la que estaba censada⁵².

La escasez de mano de obra dio lugar a una agitación similar en otras clases sociales y provocó una legislación parecida donde, como en la minería, el gobierno reconocía que los intereses del Estado estaban amenazados. Otro factor perturbador fue la gran expansión de los servicios administrativos causada por la reorganización del Imperio por Diocleciano. Cada vez con más frecuencia se requerían funcionarios para cargos gubernamentales que se multiplicaban, y muchos hijos de soldados y veteranos, en vez de enrolarse en el ejército, como hasta entonces, preferían una carrera más confortable y lucrativa como funcionarios públicos. Del mismo modo los curiales de grado inferior entraron en tropel en los ministerios. De nuevo el gobierno, considerando reducida la afluencia al ejército y peligrosamente disminuidos los consejos ciudadanos, de los que en el fondo dependía la administración del Imperio y las recaudaciones de impuestos, intentó vincular a los hijos de los soldados y de los decuriones a sus respectivos puestos hereditarios⁵³.

Pero el cambio más revolucionario efectuado por Diocleciano fue la creación de la nueva nobleza del servicio imperial, de la que ya he tenido ocasión de hablar anteriormente en esta conferencia. Este cambio fue de importancia crucial para el futuro del cristianismo. Esto, de hecho, significaba que Constantino y sus sucesores no tendrían que enfrentarse a una aristocracia hereditaria firmemente atrincherada, y hostil a su innovación religiosa, sino que serían capaces de crear y moldear una nueva nobleza más sumisa a sus deseos.

El Senado, durante el principado, había sido ciertamente impotente para poder resistir a un emperador resuelto y sin escrúpulos. Un emperador solamente podía imponer su voluntad mediante un gobierno de terror, y mientras los emperadores iban y venían, el Senado permanecía. A través de generaciones, el orden senatorial conservó, en gran medida, un sentido corporativo de su dignidad y un espíritu de independencia e incluso de oposición al servicio imperial. Las grandes familias aristocráticas se consideraban superiores a los recién venidos convertidos en emperadores, y su nacimiento y riqueza les hacía independientes del patronazgo imperial. Un cuerpo así podía ser forzado a la sumisión, pero no se podía influir fácilmente en sus opiniones.

La nueva nobleza del servicio imperial era un estamento muy diferente: un conjunto heterogéneo de individuos extraídos de todos los rangos sociales, e inevitablemente carentes de sentido corporativo. Y, puesto que sus miembros dependían del patronazgo imperial para su ascenso, era necesario que fueran aquiescentes con los deseos del emperador y que imitaran su comportamiento. De esta forma Constantino y sus sucesores cristianos podrían construirse una aristocracia en concordancia con su política religiosa.

En primer lugar, se encontraban en posición de mostrar su preferencia por los cristianos. Podían elegir libremente sus ministros y consejeros de entre todas las clases sociales y conceder rango y dignidad a quienes ellos quisieran favorecer. Ciertamente utilizaron esta oportunidad para promover a los cristianos de bajo nivel social. El mismo Constantino, según Eusebio, era pródigo concediendo codicilos del rango ecuestre, e incluso la dignidad senatorial a los seguidores de su religión⁵⁴. Pero una política así tenía sus limitaciones. El número de cristianos cualificados para cubrir estos puestos era demasiado escaso, y una exclusión sistemática de los paganos habría provocado un descontento peligroso. De hecho, hasta principios del siglo V no estaba oficialmente prohibido a los paganos el acceso al servicio imperial⁵⁵. Pero en seguida se hizo obvio para los ambiciosos que sus posibilidades de promoción se verían ampliamente logradas si adoptaban la

religión del emperador, y el mismo Eusebio deploraba que la mano abierta de Constantino para favorecer a los cristianos diera lugar a una gran serie de conversiones interesadas⁵⁶.

Pero sería una grave injusticia para muchos conversos de la clase alta del siglo IV afirmar que todos ellos eran unos hipócritas oportunistas. Una causa más poderosa de conversión que la perspectiva de ganancias materiales era el hecho de que el cristianismo se convirtiera en respetable y además se pusiera de moda en la alta sociedad; y este cambio de tendencia era mucho más fácil gracias al estado de movilidad en que se encontraba la alta sociedad. En cambio, la vieja aristocracia senatorial tenía una fuerte tradición conservadora y se aferraba fuertemente a la vieja religión, incluso cuando se encontraba en decadencia, por un sentido de *noblesse oblige*. Todavía tenía un gran prestigio social y, en cierta forma, daba el tono a la sociedad de Occidente: pero en Oriente su posición estaba ocupada por el nuevo Senado de Constantinopla; e incluso en Occidente estaba discutida por la nueva nobleza que se agrupaba alrededor de los *comitatus*. Al principio, en la nueva aristocracia de servicio los cristianos no eran quizá muy numerosos, pero al disfrutar del excepcional favor imperial y conseguir los más altos honores, marcaron la tendencia al resto. Los miembros de grados inferiores tendían a seguir este ejemplo y la moda se extendió en círculos cada vez más amplios hasta llegar a los rangos inferiores del orden social.

El cristianismo había hecho un gran progreso durante los tres primeros siglos, pero aún era una secta minoritaria. Estaba también muy confinado a las clases media y baja y había tenido poca incidencia entre la aristocracia. Pero pocas generaciones después de la conversión de Constantino se convertiría en la religión del Imperio. En esta revolución el apoyo dado al cristianismo por el gobierno imperial era, sin duda, uno de los factores principales. Pero es significativo que el cambio religioso coincidiese con el cambio social, que llevaba al frente a los hombres de la clase media y baja.

Bibliografía

BOISSIER., G., *Fin du paganisme* (Paris, 1891).

DILL S., *Roman Society in the Last Century of the Western Empire* (2.ª ed., Londres, 1910)

GEFFCKEN, J., *Ausgang der griechisch-römischen Heidentums* Heidelberg, (2.ª ed., 1929).

HARNACK, A., *Mission and Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten* (4.ª ed., Leipzig, 1924).

Notas

1 Eusebio, H. E. vi1-4 -

2 Hipólito, cuya actividad se desarrolló bajo Alejandro Severo, escribía en griego, y los epitafios de los papas del siglo III están en griego.

3 Para las lenguas orientales cfr. *mi Greek City*, pp. 288 ss. Para el celta Jerónimo, *Comm. in Ep. Gal. ii, Sulp. Sev. Dial.*

i.27. Para el bereber (y el púnico), Friend, *The Donatist Church*, pp. 51-58.

4 Conc. Aurel. II (533), can. 20, Conc. Aurel IV (541), can. 15, Conc. Turon. II (567), can. 22, Conc. Autisiod. (c. 585), can. i, 3-4, Conc. Tolet. III (589), can. 16, Conc. Rem. (624-5), can. 14.

5 Plinio, Ep. X, 96, 9. Sin embargo, S. Hipacio encontró grupos florecientes de paganos rurales en Bitinia a principios del siglo V. (Callínico, *Vita Hypatii* 103, 124-5, 129-30).

6 Frond, *The Donatist Church*, pp. 83-86.

7 Op. cit., pp. 171 ss.

8 Atanasio, *Apol. c. Ar lxxv*, cfr. lxxxiii-lxiv.

9 Sulp. Scv., *Vita Martini*, xii-xv, Dial. i (ii).4, ii (iii).8.

10 Juan Crisóstomo, *Hom. in Act. xxvii.4*.

11 Juan de Efeso, H. E. 36, *Lives of the Eastern Saints*, xliii, xlvii.

12 Gregorio, Ep. iv. 23, 25-27, 29, v. 38, ix. 204; cfr. iii. 59 (Sicilia).

13 Jerónimo, Ep. xxii, 30

14 Gregorio, Ep. xxi.34.

15 Juliano, Ep. xlii.

16 Sócrates, iii, 16, Sozomeno, v. 18.

17 Símaco, Rel. iii, 9.

18 Conc. Ilib. can. 2-4, 55, S56

19 Cipriano, Ep. lxxxi.

20 Sozomeno, v. 15.

21 Cod. Just. x. xxxi. 6.

22 C. A. H. xii, 439 ss.

23 Enciclopedia Británica, s.v. Sabaeans.

24 Sozomeno, vii. 15.

25 Marco Diácono, *Vita Porphyrii*.

26 *Recueils de la Société Jean Bodin*, vii (1955), 161 ss.

27 Como en la historia contada por *Vigilias de Tridentum*, Ep. i y ii (Migne, P. L. xiii, 449-58).

28 *Acta Maximiliani en Ruinart*, *Acta Sincera*, pp. 340-2.

29 *Cod. Theod.*, vii. xx.2 (= *Cod. just.* xii.xlvi.i); para la fecha véase Seeck, *Regesten*, p. 176.

30 Juliano, *Ep.* Xxxviii.

31 *Greg. Nac. Or.* iv (*Contra julianum*; i), 64 ss.-82 ss.

32 *Paulino, Vita Ambrosii*, xxv, xxxi; *Zosimo*, v. 20, 46.

33 *Palladio, Dialogus*, ix (p. 57, ed. Coleman-Norton).

34 *Aurelio Víctor, De Caesaribus*, xxxiii 34.

35 *J. R. S.*, 1954, pp. 26 ss.

36 Véase mi *Greek City* pp. 193 ss.

37 *Amiano Marcelino*, xv, ii.4, xxx, vii. 2-3.

38 *Libanio, Or.* ii. 43-44, xvii. 22, xlv. 27-28.

39 *Amiano Marcelino*, xxxviii.i. 3-6.

40 *Libanio, Or.* ii. 44, 46, 58 ss., xvii. 131-4., xxx.i 9, xlii, 25.

41 *Ibid.*, xlii. 23-24.

42 *Ibid.*, xlii.22.

43 *Zac. Mt. Vita Severi, Patr. Or.* II. i, 14 ss.

44 *Juan de Efeso, H. E.* ii, 30 ss.

45 *Eunapio, Vit. soph.* cccxciii, cfr. *Simpliciano en Agustín, Conf.* Viii.5

46 *Sócrates*, vi_3, *Sozomeno*, viii.2.

47 *Ambrosio, EP.*, xvii, 9-11.

48 Sozomeno, vii.15.

49 Zac. Mit. Vita Severi, Patr. Or., II.i.40.

50 Ambrosio, Ep. Ivii.6; Paulinus, Vita Ambrosii, xxvi.

51 Paulino; Vita Ambrosii; xxxi.

52 Past and Present, 1958, 1ss.

53 Véase mi Greek City, pp. 196-97

54 Eusebio, Vita Const. iv. 54, cfr. 37-39.

55 Cod. Theod. xvi. x. 21, Zósimo, v. 46.-

56 Eusebio de Laes, V. Const. IV, 54.